

LXIII.

TRATARIANOS, PUSEISTAS Y RITUALISTAS.

John inclinábase ya visiblemente al Catolicismo. Sus estudios sobre los orígenes del que llaman clero anglicano le habían hecho abrir los ojos á una luz terrible cuanto inesperada. Costábale no poco abandonar su ilusión de unir las verdades católicas con la profesión de protestante. Su ideal hubiera sido llamarse sinceramente protestante católico, ó católico protestante, según la fórmula inventada por un Obispo anglicano de Londres. Solo que Julia derribaba implacablemente sus castillos de

naipes. John, abandonadas todas sus preocupaciones y lleno de admiración tanto por el ingenio como por la lealtad de la joven, la quería cien veces más que antes, y consultábala, como un alumno, sobre puntos que no sabía resolver por sí mismo, consultábala sin ninguna consideración á los celos de su madre, y en su misma presencia.

Julia, por tanto, no pudiendo sin descortesía rehusar algunas frases de respuesta, despachábase con pocas palabras, y venía defendiéndose, contestando, según lo que oía, y negándose entrar de lleno en materia, para no atormentar á la infeliz mistress Needle. No vacilaba, empero, en aprovechar las buenas coyunturas que se le ofrecían para decir sus conceptos, si la señora se ausentaba un rato, ó si John la sorprendía en el jardín, acompañada solo de sus discípulas. Entonces, tomando fuerzas de la precisión ó por la esperanza de matar dos pájaros de una pedrada, respondía con toda libertad. En tales días procuraba desvanecer las ilusiones del joven, empeñado en abrazar todas las doctrinas católicas, como sir Roberto Smith, sin por esto romper abiertamente con la iglesia nativa y con su madre óptima.

—Esto, respondíale Julia, es un sueño, y nada más un hermoso sueño. toda vez que así lo quereis, lo digo como lo siento. Vuestra embarcación hace agua por todos partes: por mucho que la compongais, según os parezca y os agrade, nunca estareis en la mística nave de la Iglesia de Cristo hasta pasar de bordo á bordo.

—Sin embargo, decía John, paréceme que, componiéndola bien, aún podría marchar de un modo paralelo á la Iglesia católica. Hasta creo que la nave, casi nueva y varada, sale de los astilleros de Oxford. Mudando de metáfora, en mi sentir el anglicanismo, depurado de sus errores por obra de los puseístas, puede considerarse ya como un catolicismo hermoso y formado, un tronco viviente de la Iglesia universal. Como existe la iglesia latina, la griega, la oriental, existirá también la anglicana, esto es, la anglicana correcta, corregida y vivificada por el puseísmo. . . .

Y Julia:—¡Pobre amigo mío! No advertís que tal iglesia de ayer nace cismática y rebelde á Jesucristo, como su madre? ¿Que resulta herética profundamente antes y después de la reforma? ¿Que resulta inmoral y malvada de un modo incurable....?

—Pase que sea *herética y cismática*; pe-

ro no puedo sufrir que la llameis *inmoral* y *malvada*. ¿Podeis vituperar como malvados á los grandes hombres de bien que iniciaron la reforma del *anglicanismo*? ¿Llamar inmorales aquellas almas pías que precisamente se deciden por la iglesia puseista para ejercer con ardor todas las virtudes, ajenas á la corrupción del octavo Enrique?

Julia, indicando á Clara y Clemencia que se sentasen junto á ella, comenzó diciendo solamente que hallábase muy lejos de reputar cismáticos, herejes, ó ruines á los promovedores de dicha célebre reforma, y que, por el contrario, los creía en su interior hombres sinceramente ansiosos de restablecer la verdadera religión; pero que sin embargo, su obra había conducido á la herejía, al cisma y á la inmoralidad. Conociendo la suprema importancia de aclarar las ideas de John y de las niñas, se puso á tejer de nuevo la historia contemporánea del anglicanismo, que conocía perfectamente, porque, después de regresar de Italia, vivía entregada del todo, por decirlo así, á los libros de controversia religiosa, con el fin de hallarse preparada bien á favorecer la conversión del joven, casi casi madura. Muy gustosamente convenía en

que los doctores de Oxford, que cerca de 1830 publicaron los primeros *Tracts for the times* (1), ansiaban extraordinariamente la luz, según el célebre cántico de Newman, ofendido é impaciente por las tinieblas espesas en que naciera:

Léjos la patria,
En noche oscura,
¡Oh luz benéfica,
Siempre segura,
Guíame tú!

Juan Keble, Hugo Rose, Guillermo Palmer, Jorge Spencer Perceval, Hurrell Froude, Isaac Williams, Juan Enrique Newman, Federico Oakeley, Guillermo Faber, Guillermo Jorge Ward, Eduardo Manning, los dos Wiberforce, y tantos otros que dieron el primer impulso á la agitación *tratarianista*, y que por el nombre de Pusey, uno de su escuela, fueron después denominados puseistas, indignáronse noble y dignamente al ver el decaimiento vergonzoso en que contemplaron á la iglesia anglicana, y es bueno pensar que se avergonzaron por im-

(1) Tratados por el tiempo.

pulso de la divina gracia. Pusieron en parangón la Iglesia antigua con la presente; balancearon sus usos, costumbres y fe, jurando unir sus fuerzas á fin de levantar la presente iglesia patria á la altura de la antigua Iglesia. La oración y el estudio favorecían su empresa. Al resplandor de las divinas Escrituras, meditadas sin preocupaciones de secta, aprendieron á respetar las costumbres de los primeros siglos, y vieron por consecuencia, desvanecerse uno tras otro los errores groseros de los luteranos y de los calvinistas, bebidos con la atmósfera de la iglesia nacional. Sintieron el rayo divino en su corazón, y osaron denunciar delante de la Universidad de Oxford la reforma de Enrique VIII como una *apostasía* de la Religión cristiana. Un grito sincero de innumerables sacerdotes y legos les respondió: "Id adelante; os seguiremos en la reforma."

Los reformadores restablecieron sin vacilar la oración por los vivos y por los muertos; predicaron el amor á la penitencia y el mérito de la virginidad; hicieron lo posible para que saliese de sus ruinas el tribunal del perdón; hablaron bien de la piedad á la Madre de Jesús y para coronamiento del edificio, esforzándose por la-

mar nuevamente á los viudos altares á Jesucristo vivo y real, recibiendo las adoraciones de los anglicanos reformados. Volvían entre tanto los ojos á la Iglesia de Roma, y descubriendo que abundaba en todo lo que carecía la Iglesia anglicana, ansiaron vestir á la pobre desnuda con el manto de aquella, volviendo á copiar sus santos ritos y sus ceremonias augustas. Con esto merecían el nombre de Ritualistas; mas la reforma reciente, así restablecida con despojos ajenos, se vanaglorió hasta el punto de llamarse hermana de la Iglesia romana, que no conoce hermanas, sino sólo humildes hijos.

Sólo que los más fuertes pensadores del partido advertían ya que el movimiento de resurrección no era lógico, ni eficaz, ni saludable. y que la única posible reforma era pasar á la Iglesia del Pontífice romano. Y pasaron realmente á ella en número considerable. Los otros, más vacilantes ó menos sinceros, quedaron miseramente ocupados en el trabajo estéril de rejuvenecer á la iglesia anglicana; limpiarla de las herejías, embellecerla con ornamentos prestados, y así hacerla, si no hermosa delante de Dios, no deforme á la mirada de los hombres. No son católicos, ni protestantes,

sino en cuanto protestan contra las últimas consecuencias de la luz de Dios, desdeñando las amenazas de Jesucristo: "El que no está conmigo, contra mí está, y el que conmigo no recoge, desparrama."

Es la historia de tantas otras reformas del protestantismo, comenzadas bien, y emprendidas por vileza ó por extorsiones. Intentó de buena fe Jorge Fox corregir la iglesia anglicana; pero deteniéndose á la mitad del camino, desenfrenó las orgías del *metodismo*. Intentó en Alemania Felipe Spener domesticar el luteranismo; pero deteniéndose á la mitad del camino, precipitó en los delirio de los Hermanos *moravos*. Así sucede á los recientes reformadores, que se paran en la senda de la conversión. Ansían salir del fango de los errores y maldades impuestas por la apostasía de Enrique VIII, y fabrican una iglesia más obstinada contra la verdad, más rebelde al Sumo Pastor de la Iglesia, y en prácticas más inexcusable que la misma iglesia sencillamente anglicana.

Así descurría en sustancia miss Julia, y dirigiéndose á John, al llegar á este punto, añadía:—La reforma puseísta, que nació con las más altas intenciones, ha llegado á ser un lazo tendido á los devotos, no de tos-

co cáñamo, sino de seda. Si bien parece un collar, ahoga, mata y hace muchos estragos en no pocas almas bellas que, huyendo de la selva espesísima del *anglicanismo*, tropiezan y caen aquí entre las zarzas de tres herejías menos toscas, más compuestas y casi diría más adornadas, ofendiéndolo, sin embargo, todo: la naturaleza de la gracia, el valor de las obras buenas, la doctrina de la transustanciación, el sacrificio de la santa Misa, el honor que tribútese á los Santos, las indulgencias, el purgatorio y los Sacramentos. Señor John, lo mismo da negar la fe á Jesucristo como grosero anglicano que como sutil puseísta, la herejía vulgar ó culta, es veneno siempre, y muerte. Aunque los reformadores del *anglicanismo* hubiesen tapado todos los agujeros en materia de fe, quedaría de continuo entre ellos y Jesucristo un muro de bronce; la rebelión obstinada contra el Vicario de Jesucristo, que los hace á lo menos cismáticos....

—Con todo, no podeis negar, dijo John interrumpiéndola, las buenas intenciones de los reformadores puseístas, ni que realmente han destruido muchos errores.

—Lo confieso, lo declaro, y doy gracias á Dios porque un poco de cielo, aparecien-

do entre nube y nube, bastó para que innumerables anglicanos vislumbráran los serenos horizontes de la Iglesia católica, y se convirtieran bajo el real cielo de ella. Empero ¡cuánto más culpables son los que se quedan atrás! Los que después de haber examinado con toda comodidad la Sagrada Escritura; y admitido (contra el decreto de los demás protestantes) la tradición de los primeros siglos, se obstinan en desconocer el único Pastor de la Iglesia, tan altamente proclamado por la Escritura y la Tradición, fuerza es decir que se quedan con los ojos abiertos en sombras de muerte, tras haber descubierto la luz. ¿Cómo pueden ignorar que sin el magisterio de la Iglesia, de los Concilios y del Pontífice Sumo, es su fe puramente personal, humana, falaz, mudable? ¿Cómo no advierten que les falta el vínculo de la obediencia y de la caridad? En una palabra, viven fuera de la Iglesia, y lo saben.

—No todos, dijo John.

—Sí; no todos lo saben. Admito en muchos puseistas buena fe, y en todos si queréis; pero en vos, señor John, jamás la reconoceré.

—¿Por cuál motivo?

—Porque no sois un idiota; porque Dios

arrancó de vuestra frente las vendas primitivas, una tras otra, y porque ha disipado con el resplandor de su luz las preocupaciones que mamasteis con la leche. No teneis una mente débil, que se deje fascinar por el ritualismo de los puseistas. No ignorais que no consiste la Iglesia de Jesucristo en las casullas, en los crucifijos, en los candeleros, en los altares, en los confesonarios, en las imágenes de los Santos y de la Virgen, que llenan sus templos; que no consiste tampoco en los monasterios que intentaron abrir, ni siquiera en el nombre de católicos que usurparon, uniéndolo al de protestantes. Más elevada encuéntrase la Iglesia. Su follaje de piedra cubre una miseria profunda y la torpeza más vergonzosa

—Oid, miss Julia, no será peor que el anglicanismo.

—No, no, es peor: el puseismo es un empeoramiento positivamente. Los anglicanos puseistas tienen de común con los anglicanos puros la falta absoluta de sacerdocio, de episcopado, de jerarquía, de sucesión apostólica, y el cisma contra Roma; tienen de común muchos errores, si bien disminuidos y modificados; aunque unos y otros son hojas secas sobre un tronco cor-

tado, á lo menos los anglicanos antiguos, los puritanos del Alta iglesia, no atentan á la confesión ni al sacrificio del altar.

—¡Cómo! Esto precisamente pareceme lo más y lo mejor del puseismo. Elogiais, sin embargo, á la iglesia anglicana porque no lo tiene. Perdonadme, os contradecis....

—No, no, repuso Julia; sé lo que digo. Es cien veces mejor, ó seamenos pésima la condición del anglicano que la del puseista, precisamente por esto. Porque si bien el anglicano tiene en su *Prayer book* el rito de confesar las culpas y de absolverlas, poco más ó menos que los católicos (1), nunca jamás lo usa, el puseista añade á las otras desventuras la solemne profanación del sacramento de la Penitencia. No es un ludibrio de éste que hombres legos, como el doctor Pusey y sus secuaces, invadan el sagrado tribunal, usurpándose las funciones santas y tremendas de conceder el perdón y abrir el cielo á los pecados? Si no fuese impía, ¿no fuera ridícula la pretensión que tienen de juzgar al pueblo personas que para ello no recibieron el carácter sacer-

(1) The book Common Prayer, *The Order of the holy Communion*; y más especialmente en el *Order of the Visitation of the Sick.*

dotal, ni la jurisdicción, ni el mandato? Y ¡cosa mucho más horrible! en ellos reina la idolatría, que, gracias á Dios, desconocen los anglicanos francos.

—¡Idolatría! exclamó John: ya volvemos á las exageraciones.

—No, dijo Julia: no exagero ni sutilizo en especulaciones teológicas, sino que argumento con mi Catecismo y el vuestro. Los puseistas pretenden celebrar el sacrificio de la santa Misa, si bien con diverso título y con diversos ritos; exigen que se confiese la presencia real de Cristo en la Eucaristía, aun cuando no reconozcan la transustanciación del Pan consagrado, é imponen la adoración del pretendido Sacramento. Ahora bien. No siendo sacerdotes sus ministros, ni siendo válida la consagración, ¿qué hacen sino incitar al pueblo bautizado á una formal y solemne idolatría? ¿Qué diferencia encontráis entre los egipcios que adoraban las cebollas del huerto, y los puseistas que adoran el trigo y la uva? He aquí, señor John, donde la idolatría está. Es conducida triunfalmente al corazón del protestantismo por los que se jactan de ser restauradores del espíritu cristiano y se escandalizan de los sencillos católicos porque recurren á la in-

tercesión de los Santos y de María: ¡ved aquí los verdaderos idólatras, postrados para ofrecer el supremo culto de latría á una rebanada de pan y á un vaso de vino . . . ! Seguid anglicano, señor John, como vuestra madre, más bien que contaminaros con la idolatría.—

Por esta vez la conversación no pasó más adelante; pero semejantes controversias debatíanse casi todos los días entre Julia y John, algunas veces delante de mistress Needle. Asegurado el joven por el continuo leer y estudiar, conmovido por el ejemplo de sir Roberto Smith, y preparado su corazón por los recuerdos de Lourdes, no podía ser contenido ya: por añadidura las continuas chismografías del templo anglicano con la capilla independiente le proporcionaban pretexto para volver á la cuestión. Su madre, que otras veces había hecho hincapié en el ministro de la parroquia para que hiciera entrar en razón á su extraviado primogénito, advirtió por experiencia que su hijo no temía pelear con tan débil adversario. Desesperada, le permitía que probase fortuna entre los escollos del puseismo y del *romanismo*, considerando que á lo menos á su mayor edad cuidaría de su patrimonio, quedando libre

para salvar ella sus inocentes hijas Clara y Clemencia.

¡Admirable cosa! Cada día que pasaba en Parque verde parecía un siglo, por lo que hace al olvido de las aventuras religiosas del viaje y de la permanencia en Italia. La atmósfera protestante, las relaciones frecuentes con el ministro Star y las solicitudes para que marchase bien la parroquia, borraban las momentáneas impresiones de respeto á las cosas católicas, experimentadas ántes. Además la lucha contra las novedades introducidas en su pueblo venía infundiendo un nuevo espíritu de puritanismo, y especie de celo rabioso por su iglesia. Ciertamente que la osadía del ministro independiente era para exasperar á cuantos conservasen aunque solo fuese una chispa de fe por la iglesia anglicana antigua.

El reverendo Bird, considerándose investido de no menos autoridad que el obispo diocesano y la reina Victoria, reinaba como déspota en su capilla. Como ante todo procuraba contentar á sus súbditos, inclinados al ritualismo, iba conformando su culto con las capillas ritualistas más exageradas en sus innovaciones. Desde un principio, queriendo congraciarse con las nue-

vas ovejuelas, colocó audaz el Crucifijo sobre la mesa de la cena del Señor, dándole forma de altar, con candeleros y velas. Dos ricas lámparas ardían delante del Crucifijo, aunque no había osado conservar en el tabernáculo el pan para la cena. En vez de la Eucaristía que no quería ni podía consagrar, había decorado las paredes con vistosos cuadros, como San Albano de Londres: un San Pedro á la derecha, un San Pablo á la izquierda, y en medio, sobre la mesa, la Virgen de la Anunciación. Además, celebraba el *servicio* con no pocas añadiduras al *Prayer book*, sin contar que disponía más solemnes ceremonias con los ornamentos sacerdotales parecidos á los católicos, y el acompañamiento de la música. En su virtud, se cargó de deudas, que confiaba disminuir con el tiempo, siéndole cada vez más imposible saldarlas.

A cada novedad algo extraordinaria, tenía cuidado de avisar antes á los fieles, anunciando que el consejo de la fábrica lo quería, y que ya lo usaban otras capillas del Alta y de la Baja iglesia, aceptándose legalmente por ello en la suya; que no reconocía más leyes que la Biblia ni más jueces que la conciencia de los fieles. Por último, viendo que prosperaba su empresa,

favorecida por el viento ritualista, que sopla y sopla gallardo aún en toda Inglaterra, iba seduciendo á las sencillas jóvenes forasteras, y aun á las campesinas de Parque verde, para que se recogieran á la posible brevedad en una casa común, donde deberían vivir sujetas á ejercicios piadosos. Prometíales el oro y el moro acerca de tal género de vida; decíales que serían las maestras y educadoras del pueblecito, las asistentas de los enfermos y las Hermanas de la Caridad de su comunión independiente. Entre tanto estudiaba (les decía) las constituciones de las monjas establecidas por el doctor Pusey, á fin de adaptarlas al convento de Parque verde; él sería su director espiritual; pronunciarían ellas los votos en sus manos, como las monjas paseistas habíanlos pronunciado en las del obispo anglicano de Oxford.

En suma, la capilla *no conformista* parecía florecer como la primavera, y, halagando el nuevo culto las inclinaciones de los descontentos de Parque verde, daba muestras de arraigarse grandemente, obscureciendo el culto y la parroquia rival. A la verdad no tenía raíces ni esperanzas: era desproporcionada del todo á la pobreza del lugar y al número de los habitantes.

El ministro Bird, su reverenda mujer, y los jefes de la rebelión que habían empeñado sus capitales en la capilla independiente, soñaban rosas y flores, estando mil leguas distantes de presumir la atroz, pero leal venganza de mistress Needle. Si la edificación de la capilla había sido una mina de gran estruendo, no menos fragosa fué la contramina de mistress Needle.

LXIV.

JERKERS, JUMPERS, BARKERS.

—¿Sabeis cómo logramos poner fin á la charlatanería de los ritualistas? Desacreditando al charlatán en la reputación del público. Tengo á la mano....; pero no sigo. A su tiempo sabreis cosas nuevas. Hace dos meses que mientras procurais coméroslo con vuestros sermones, le voy formando el proceso. Confío que tanto y tanto emplearé mis recursos, que tendrá que trasladar su teatro y sus muñecos á buenas ó á malas.--Así hablaba mistress Needle.

—¡De veras! ¡Ojalá tuese mañana! respondía éste.